

LOS GRANDES FILMS  
**mudos y  
sonoros**



**TEMPESTAD EN EL  
MONT BLANC**

MANUCRITO Y DIRECCION DEL DR. ARNOLD FANER

**50**  
Cts

**Los Grandes Films**  
**Mudos y Sonoros**

DIRECCIÓN: FRANCISCO-MARIO BASTARDI  
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18561

**Tempestad  
en el Montblanc**

Emocionante película, dirigida personalmente por  
el célebre doctor Arnold Fanck.  
Interpretación de Leni Riefenstahl y Sepp List

Exclusiva de:

**E. González - Emelka - Madrid**

Distribuida por

**Balart y Simó**

Aragón, 249

BARCELONA



## Tempestad en el Montblanc

### Presentación

El hecho de que sea *Tempestad en el Montblanc* una película excepcional, quizá lo más grande que se ha llevado a cabo en cinematografía—hasta la fecha—, nos fuerza a dirigir este prefacio al lector antes de que sus ojos recorran la narración del argumento de este *film* que con verdadera justicia ha de titularse de maravilloso.

Por adelantado reconocemos que es vano nuestro afán de reflejar en estas páginas, siquiera pálidamente, toda la gama de extraordinarias sensaciones que *Tempestad en el Montblanc* nos ha hecho experimentar. Y es que no es la pluma—no la pobre pluma que esgrimimos, sino tan siquiera la de un maestro— quien en este caso

debe hablar. No; no es la pluma, sino la cinta de celuloide la que ante los ojos del espectador arrellanado en cómoda butaca le hace admitir y vivir una y otra vez toda la imponente majestad del Montblanc, agitado por los elementos formidables de una tormenta aterradora.

La cinematografía ha hecho posible lo que, en otro tiempo, se hubiera llamado un milagro. El milagro de traer a nuestros ojos un mundo nuevo y lejano. El arte moderno, al servicio de la Ciencia, nos arroja. Se olvida uno de que se trata de una película, de una ficción, aunque bien es verdad que es lo menos interesante—con sólo mucho—el imprescindible argumento que hilva unas escenas con otras en este *film* único. La grandeza inenarrable de los Alpes, las tempestades espantosas, los aludes gigantescos que se despeñan, las nubes formando montes de gases que rasgan las agujas de las cimas, todo ello forma el acompañamiento de esta ficción que mencionamos y que muestra de un modo magistral la lucha imponente y gigantesca de un hombre contra la Naturaleza avasalladora.

El reciente acoplamiento al arte nuevo—la sonoridad—arrecienta de un modo irrefutable la impresión que producen los terribles aludes con sus truenos formidables, las voces de los hombres comunicándose entre los glaciares, el bramido estremecedor del viento al desencadenarse la tormenta, el zumbido insistente del aeroplano que surca atrevidamente los espacios que hay entre las cimas casi inaccesibles... Y esta impresión, va grandiosa, que sobrecoge, se supera aún, cuando el aeroplano—que es



conducido por el famoso Udet, planea con el motor parado en tanto que el aviador cambia algunas palabras, que los ecos repiten una y otra vez, con el amigo que se halla tranquilamente sentado sobre un aguja rocosa de la montaña más alta de Europa.

Es imposible no rendir también homenaje de admiración a la carrera de *séis* más emocionante que la cámara haya podido registrar. Aquella raza del *zorro*, sencillamente maravillosa, sólo es posible fuera llevada a cabo con la cooperación de los mejores esquiadores suizos y tiroleses que prestaron su concurso a esta soberbia prueba. Si los nombres de David Zogg, Beni Fuehrer, hermanos Lantschner, hermanos Letbner, Harald Reindl, Luckl Foeger, Klaus von Suchatzky y Raehni, el guía de la montaña, no fuesen ya mundialmente conocidos, la cinematografía cuidaría de propagarlos de forma harto merecida.

El intrépido aviador Udet desafió la muerte en varias ocasiones, pues al volar sobre las cumbres hallóse envuelto en un mar de nubes en el que la orientación era casi imposible. Su aparato fuerte, aunque diminuto, supo vencer las peripecias de un aterrizaje en aquellos parajes donde nunca había retumbado el motor de un avión. Su gesta admirable, repetida después—en el transcurso de la estancia de la expedición—ocho veces, ha sido registrada por la cámara cinematográfica y es un galardón más que puede añadirse a los muchos logrados por el famosísimo piloto, y en general a la aviación mundial.

Hay quien ha titulado esta producción como el esfuer-

zo más sobrehumano del Arte y de la Ciencia al servicio de la Cinematografía. Nosotros sólo podremos decir que el mundo entero ha recibido *Tempestad en el Montblanc* con fervoroso aplauso y que la crítica—incluida la de Barcelona—ha reconocido en forma unánime que este *film* es la expresión máxima del cine selecto.

Es una película digna de la majestad imponente del Montblanc maravilloso.



## Tempestad en el Montblanc

*Argumento de la película*

Amanecer en el Montblanc...

Alborea. Un mar de gasas formado por las nubes se levanta perezoso de entre los valles profundos y lejanos. La zona de rellejos que corona las cimas que rodean el Observatorio del Montblanc, permite distinguir todas sus vertientes de deslumbradora blancura sobre el gris plomizo de las nieves.

El disco del sol emerge, por fin, del Mont Maudit, apartando los celajes que parecen querer impedir iluminar con su luz de oro la majestuosa cordillera. Súbitamente aparece lleno de un brillo cegador el Grand Plateau, gigante que se levanta entre aquellas soledades a más de 3.900 metros de altura. En este desierto inmenso, de una intensa blancura que obliga a apartar la vis-

ta y cuyo silencio no turban ni la caída de las piedras ni el crujido del hielo, dan la única impresión de movimiento los jirones de las nubes que se desvanecen, cual frágiles pompas de jabón, al beso del astro rey.

El Observatorio del Montblanc se levanta, cual monarca solitario, en aquel reino de sin igual grandeza. Situado a 4.362 metros de altura, tiene a corta distancia —unos treinta metros— el Dôme du Goûter, que poco antes de ser alcanzado parece que es el que domina todo el macizo rocoso.

Del Observatorio ha salido un hombre. Es el observador Haanes, un solitario que cumple su anónimo papel cotidianamente, informando al mundo acerca de la velocidad del viento en la cúspide del Montblanc, la temperatura y la forma y composición de las nubes a las que su vista alcanza.

Cartido por los vientos de las alturas, el hombre ofrece una figura que parece haber sido tallada en la misma roca sobre la que se asienta la cabaña de su observatorio. Una y otra vez sus miradas se dirigen hacia los distintos puntos que desde su cabaña, atrevidamente plantada sobre la peña de los bosques, le es posible contemplar. Parece cual si quisiera llenarse los ojos de aquel espectáculo único que el hecho de ser visto a diario y multitud de veces, no basta para hacérselo sentir monótono.

Con las manos metidas en los bolsillos y la caliente pipa entre los dientes, el solitario respira satisfecho el aire purísimo de la altura. El y la montaña se comprenden divinamente, maravillosamente...



El chisporrotear del fuego, saca a Hannes de la abstracción que siempre le hace experimentar la visión caótica. Es preciso el cumplimiento de la obligación; es preciso ponerse en comunicación con el Observatorio astronómico que para él significa el lazo de unión con el mundo lejano que se estremece y vive a sus pies.

No es la suya una misión ingrata; ¡oh, no! Le place hacerla, porque su realización le pone en contacto con una mujer. Es siempre una mujer la que corresponde al llamamiento de su aparato. Y a pesar de no haberla visto nunca, a pesar de no saber cuál será su rostro, Hannes ha hecho de la mujer el sueño y la ilusión que anima su vida de solitario. Por otra parte, le une con Hella una sincera amistad. La mecánica se ha puesto esta vez al servicio de los humanos sentimientos... Y el solitario pásase los días aguardando el momento feliz de poder comunicar con la mujer distante.

Tac... tac-tac tac... tac... tac-tac-tac...

Su mano nerviosa manda el mensajero... Las observaciones meteorológicas que ha podido apreciar desde su observatorio. Pero Hannes no está contento. No ha sido la muchacha quien ha contestado, sino su padre, el profesor. Y esto le ha puesto algo malhumorado.

Pero de pronto sus ojos claros se alegran... En su vida aislada los más pequeños acontecimientos adquieren importancias enormes. Quizá el hecho ahora ocurrido hubiera ocasionado en él horas de una pesadumbre eterna; pero en aquel instante su oído finísimo y acostumbrado a la silenciosa soledad de las montañas ha escuchado un zumbido para él inconfundible.

¡Sí, es Udet! ¡El buen amigo Udet!

Y todo es olvidado. Corre el hombre a la barandilla de su cabaña y desde allí avizora el horizonte para distinguir lo que tan grato le es. Y de pronto, en la lejanía, entre las agujas rocosas de las cimas, un punto negro que se agranda rápidamente, que toma proporciones y la conformación de un aeroplano.

Veloz va acortando la distancia... Antes que él, llega el zumbido para Hannes delicioso, del motor potente. Y de pronto, va encima de la cabaña, el aviador obliga a su aparato a dar círculos en torno de ella... En brazo que sale del aparato y saluda alegremente... Otro brazo—el de Hannes—que corresponde con igual alegría... Y luego el zumbido del avión cesa. El silencio es mayor si cabe en la majestuosa soledad. El aeroplano, sigue planeando cual inmensa nave sobre la travesía del solitario.

—Hannes! grita el piloto.

—¡Udet!

—¿Toda bien, Hannes?

—Todo bien, Udet.

—¡Felices Navidades!

—Felices, Udet. Y gracias.

Otra vez ronca el motor del ave de acero. Sus círculos son más anchos. Procede cual si buscara aire para partir. Y de pronto, dando un salto hacia adelante, el avión parte en línea recta, después que el piloto ha agitado por última vez su brazo.

Hannes ha correspondido y corre alegremente; por el camino en busca del presente que Udet le ha lanzado.



Es el presente de Navidad. Un pequeño tronco de abeto, un pequeño árbol de Noél.

Hannes es feliz. Allí en la tranquila soledad de la montaña maravillosa, las pequeñas diversiones de la ciudad adquieren proporciones insuspechadas y caracteres sagrados. Y su brazo, lleno de reconocimiento hace una postrer señal de despedida hacia la aeronave lejana, cuyo zumbido va siendo cada vez menos perceptible.

Luego el solitario parte hacia el observatorio que mide el tiempo. Su andar gimnástico es causa de que en poco tiempo salve la distancia que hay entre su caseta y el observatorio del viento. Toma las notas correspondientes con parsimonia y exactitud. Y luego, cumplida ya su labor, dirígese hacia el lugar que es su favorito para la contemplación. Aquella roca no está más que a unas dos horas de la cuspide. Vista desde lejos, esta protuberancia que se halla dividida en dos agujas, parece fácil de escalar, pero en realidad su empinamiento es muy distinto de su apariencia. Es preciso raminar en zigzag, a veces por la cara norte, por donde se avanza al abrigo del viento. El senderillo tiene apenas la anchura necesaria para que sea posible acentar el pie y por cada lado el precipicio descende a varios centenares de metros.

Hannes camina tranquilamente por aquel sendero de cabras, cual si el vértigo no pudiera tener influencia en él. Y no puede, en verdad. Hannes es como un águila a quien el vacío no atrae. Y como la reina de las aves, el solitario dirige tranquilo su mirada por las inmensi-



*Hannes es como un águila...*



dades de las que se sabe dueño puesto que nadie ha de venir a disputarle su posesión.

Hay días en que la violencia del viento y el frío obligan al solitario a emprender el descenso al cubo de pocos minutos; otras veces, en cambio, envuelto en una atmósfera tranquila y tibia Hannes contempla su reino con toda tranquilidad. El de hoy es uno de esos días felices. Un vienterillo juguetón toje y desteje entre sus guedejas de oro. Porque Hannes es rubio, de un rubio nórdico que contrasta enormemente con su piel curtida y morena, hecha ya al beso de aquellas alturas.

El panorama que se ofrece a la mirada del solitario es algo caótico. No se asemeja en nada al que se disfruta en otras cumbres célebres. En el Cervin o la Jungfrau, pongamos por caso, se ve uno aislado en medio de un barranco de hielo de poca anchura; lo bordean enormes masas blancuzcas que se recortan crudamente sobre fondos escalonados sin cesar hasta el horizonte. En apariencia parece como si esas enormes masas heladas se hallasen separadas tan sólo por unos centímetros de metros, cuando la realidad es que la distancia es inmensa.

La situación del Montblanc es muy especial. Una cornisa verdeante surge entre Chamonix y el Vallé de Aosta y no se ven otras nieves próximas que las que cubren las laderas del monte gigantesco. Las otras montañas altísimas—infinitamente bajas a los ojos del silencioso Hannes—aparecen detrás de los primeros planos secundarios y se nota que se hallan harto lejanas, infinitamente lejanas. Los bastiones de nieve se destacan de los tonos

azulados o grises. Pero en la sucesión indefinida de estos perfiles pegados unos a otros, la majestad particular de sus cimas se desvanece. Y este horizonte da una sensación de pujanza grandiosa, única en su género y una de las más extrañamente emocionantes que nos ofrezca la Naturaleza.

Hannes se sustrae con sentimiento de aquel espectáculo que siempre le subyuga. Su mirada errante se ha posado sobre una cima y el ver en ella el beso de la luz solar, le ha recordado una parte de su obligación no cumplida. Y abandona aquel lugar de su observación con sentimiento, como le ocurre siempre. Es casi si se aleja de un amigo carísimo.

El descenso, siempre más fatigoso que la subida, adviene mucho más peligroso cuando es preciso abordar pendientes de hielo muy abruptas. Sin embargo, el solitario se desliza rápidamente a lo largo de las grandes cuevas y sin gran esfuerzo aparente. Tiene prisa ahora en llegar cuanto antes junto a su casita del observatorio. Quiere ponerse al habla con el mundo... O por mejor decir, con Hella; con la amiga querida.

Y una vez en el observatorio, Hannes apenas si puede contener su impaciencia. Sólo un instante ha tenido sus manos junto al fuego que ha reanimado... Otro momento le ha bastado para aplicar fuego a su apagada pipa...

Y otra vez suena aquella que para él es una masiquilla agradable...

Tac... tac-tac-tac... Tac... tac-tac-tac...

¿Es la muchacha quién responde?

Hannes se siente jubiloso. Repite la llamada y los au-



riculares le traen de nuevo aquellas señales mágicas que le revelan que es Hella quien se encuentra en la estación receptora.

El solitario da antes que nada su mensaje meteorológico. Y la muchacha, también con la misma seriedad, recibe el mensaje. Luego se diría que la telegrafía inalámbrica trae hasta los oídos del solitario la risa de su amiga. Y empieza la charla, una charla a base de golpecitos más o menos largos...

Y cuando Hannes se quita los auriculares, el Montblanc con ser muy bello se lo parece todavía más. Y el cielo con ser tan puro adquiere para él mayor diaphanidad. Es que la muchacha le dice van a ir ella y su padre a Chamonix a celebrar las Navidades... Y que irán a verle...

¡Y para Hannes esto es el pináculo de la felicidad!

\* \* \*

Hella es una mujer enamorada de su profesión.

La ama porque su padre también la quiere y porque le parece maravilloso admirar el cielo de mucho más cerca que lo que les es posible a la mayoría de los humanos. Para ella, los aparatos astronómicos, la estación inalámbrica, el observatorio mismo son el compendio de su dicha.

Y para el profesor, padre de la bella muchacha, no hay nadie que tan bien como ella consiga comprenderle y compenetrarse con su labor. Hasta el hecho de que Hella se haya prendado del solitario del Observatorio del Montblanc, es para el profesor un goce y una alegría. Es su Hella una flor tan delicada que el buen hombre temía que cuando se comprometiera sufriera un hondo desengaño. Y por esto el profesor está contento. Conoce a fondo a aquel muchacho que se halla solitario en el Observatorio del Montblanc.

Trasladados a Chamonix, el profesor vive también la alegría que llena de luz nueva los ojos maravillosos de





*Hella es una mujer.*

su Hella. Quizá sabe mejor que la propia interesada lo que le sucede al corazoncito alocado que bailotea agitando el pocho de la mujer joven. Y quizá comprende mejor que ella también, porque todo le causa risa; porque todo la hace feliz.

Vestida con el grueso traje para la nieve, Hella experimenta ansias incontenibles de gozar aquel hermoso día navideño. Ven de pronto sus ojos una larga fila de esquiadores que cruza rauda ante la ventana del hotel persiguiendo al esquiador que hace el papel de zorro y burlón y siempre lejano va marcándoles a los seguidores la pista que deben continuar. Y en la mente juvenil y alegre de la muchacha se teje un plan que le ha de servir para desorientar más y más a los perseguidores del presunto zorro perseguido.

Y apenas si su padre ha tenido tiempo de corresponder a su saludo que ya Hella se ha calzado los skis y ha salido veloz persiguiendo al lejano zorro, que apenas un momento antes ha vuelto a cruzar frente a ella. Los perseguidores están lejos; demasiado lejos para que se den cuenta de la sñagaza que se les prepara.

La camaradería propia de la gente joven es causa de que prestamente el que juega el papel de zorro y la hija del profesor se entiendan a maravilla. Rien ambos ante la jugarreta y, sin vacilar, se efectúa el cambio. La torpeza del muchacho en ponerse la falda que la joven acaba de darle es causa de mayores risas por parte de Hella. Y cuando cambiados los gorros, la joven lanzando un postrer adiós lánzase ludera abajo, rauda como un relámpago, nadie puede distinguir el cambio a di-



tancia. Veloz surca Hella las laderas heladas... Veloces surcan tras ella la larga fila de perseguidores. Dos de ellos tropiezan incluso con una mujer torpe que no sabe moverse entre sus faldas y que tampoco parece saber manejar los *skis*.

Hella se vuelve una y otra vez. ¡Oh, y cómo le agrada la carrera! Una carrera interminable, cuya velocidad acrecienta cuando la ladera helada es propicia y permite el rápido juego de los *skis*. La muchacha es maestra en el manejo de los patines, pero quienes la siguen no dejan tampoco de ser listísimos. La ventaja permanece, sin embargo, siempre igual y Hella tiene el convencimiento de que si se le propusiese incluso la aumentar, pero no quiere. Tan sólo, de vez en cuando, vuelve alegre su cabeza para admirar el bello espectáculo de aquella *jauría* humana desplegada en abanico por una vertiente y siguiéndola con la velocidad del rayo.

Bien presto advierte Hella que sus perseguidores le ganan terreno. Y como va la diversión le ha parecido suficiente, está dispuesta a darle fin.

Sus hermosos ojos buscan el medio para lograrlo. Y allí, entre la blancura de la pista, al pie de unos abetos distingue lo que va a servirle para burlar la tenaz persecución.

Justamente la revuelta que acaba de dar, la hace momentáneamente invisible a los ojos de sus tenaces perseguidores... Un esfuerzo más y los patines la llevan hasta el rótulo que va a servir para lo que ella desea. Veloz se descalza los *skis*, sin perder tiempo los uno con ayuda del descalzado rótulo y luego con un ligero empujón

la pareja de patines se desliza por una gran vertiente, pronunciadísima, lo cual motiva que los patines adquieran una velocidad vertiginosa. Para aumentar la ficción, Hella deja caer los papelillos que sirven para el rastro, junto a la vertiente por la que hiciera deslizar sus *skis*.

Desde el abeto al que se ha encaramado la juguetona Hella, ha observado la carrera rapidísima de quienes la perseguían. Uno tras otro se han deslizado ante sus ojos, con la velocidad de un tren expreso. Un grito de triunfo ha señalado la vista del rastro junto a una vertiente que conduce a una llanura de hielo sin fin por la que va a ser muy difícil escape el *corco*. Ya tienen ahora la certeza de cazarlo. Y Hella desde su escondite ríe, disimulando apenas la risa alegre que escapa de sus emendidos labios, ante el júbilo que todos manifiestan y que ella está segura ha de transformarse poco después en exclamaciones de despecho.

Su satisfacción es ahora inmensa. Jamás se hubiera creído capaz de llevar a cabo la hazaña realizada. Creía, sí, que sabía esquiar, pero no podía suponer que su dominio en los patines fuera tanto como para burlar durante el tiempo que lo ha hecho a esquiadores tan famosos como los que componen el grupo que acaba de desfilar ante sus ojos.

Nada menos que a los mejores esquiadores suizos y tirolese ha dejado atrás. Ha reconocido a David Zogg, a Beni Fuehrer que formaba pareja con los hermanos Lantschner y también a Harald Reindl y a Luckl Foeger.

Y cuando Hella desciende del árbol al que después de tantos apuros pudiera encaramarse, piensa que la suya



ha sido una jornada feliz. Se ha divertido y ha tenido la fortuna de que todos aquellos ases desconozcan que han sido vencidos por una mujer.

Luego, próxima ya al hotel, cuando ve en la llanura sin fin a los rastreadores que contemplan mohinos el solitario par de patines, sonríe ante el chasco que se han llevado.

Y poco a poco, sus labios ocultan la magia de su sonrisa maravillosa. Sus ojos se vuelven soñadores y contemplan el Montblanc lejano...

La silueta imponente del coloso alpino le trae el recuerdo del hombre solitario que allí permanece en aras de la Ciencia. ¿Qué hará en aquellos momentos? ¿Se posarán sus ojos, como los de ella, en el disco de oro del astro rey hacia la puesta que irisa maravillosamente las cumbres que rodean el Montblanc altivo? ¿Pensará en ella en aquel momento? ¿Y más tarde, en la noche santa, cuando todos los hombres sin hogar piensan en éste y en una mujer? ¿Cuál será la mujer que cative los pensamientos del solitario? ¿Ella misma, tal vez?

En la noche santa se celebra alegremente el hecho que ocurriera miles de años atrás. En el hotel de Chamonix donde Hella se encuentra, la fiesta es suntuosa. Hay baile, alegría, champaña... Y presidiéndolo todo, el tradicional árbol de Noel lujosamente alhajado. Miles de lucitas lo cubren; son pequeñas bombillitas que parecen diseminadas por entre el verde abeto, cual estrellitas de plata. Los músicos del hotel, al llegar la medianoche,



*Los rastreadores contemplan mohinos...*



atacan la composición dulcemente evocadora que guardarán para el instante que conmemora una fecha reverenciada por toda la cristiandad...

Justamente, en el mismo instante, al dar las doce, Hannes el solitario acaba de encender las luceritas que alumbran su pequeño árbol de Noel. Son candelitas que dan una luz muy tenue, pero que al hombre le parecen rutilantes como soles. También hasta él llega la música evocadora que toca la orquesta del hotel de Chamonix: la radio le trae esta canción de Navidad. Es aquella la hora en que los hombres que se hallan lejos del hogar piensan en él y en una mujer.

Hannes piensa en una mujer.

Y como que la mujer que es dueña de sus pensamientos no tiene, según el criterio del solitario, un dosel apropiado en la desmantelada caseta del observatorio, Hannes sale al mirador. ¡Allí sí que Hella tiene lo que ambiciona! La Naturaleza, su amiga, le presta el encanto de un árbol de Noel maravilloso. Las crestas heladas de los montes. Y sobre ello las luces rutilantes de las estrellas que tachonan el firmamento. Y al pie de las sierras, cual otro cielo maravilloso, otro mundo de luces, luces que parpadan cual los ojos de una mujer.

Una mujer...

Al pie de las sierras se encuentra Chamonix...

Y en Chamonix está ahora la hija del profesor, Hella.

¡Hella! ¡Hella! ¡Dulce nombre para una dulce noche!

...

El acontecimiento magno de la llegada de Navidad, bien merecía que Hannes le dedicase atenciones especiales.

Pero el inesperado zumbido del motor del aeroplano, arranca a Hannes de su baño caliente al que se entregaba con tanta alegría y que constituía también hoy una de las citadas atenciones especiales.

El amigo Udet le ha trastornado todos los planes... ¿De manera que Hella y su padre ya están allí?... ¡Diablo, diablo!

Sale el solitario corriendo de su casita. Sobre su piel antes besada por el agua caliente, apenas si ha tenido tiempo de echarse encima un grueso *sweater*. Pero es que la impaciencia no le permite detenerse en su torado, pese a todos cuantos proyectos se hiciera.

Sí, allí está la muchacha. La distingue Hannes desde el mirador de su casita. Y también ve a Udet, que salta en aquel momento del aeroplano. Y el tercero debe ser el profesor.



Corre el hombre hacia abajo, con precipitación de chilquillo que va en demanda de un regalo prometido. Y la carrera le corta el aliento, y la contemplación de la mujer le vuelve más torpe. Hannes tiene un mundo de cosas que contarle a Hella, a su buena amiga... Pero una vez ante la muchacha, una vez sus ojos se extasían en la contemplación de los bellísimos de ella, le parece que su lengua se le ha pegado al paladar... Y es que también acaba de advertir que su posición es un tanto falsa. Hella y él son muy amigos, pero su amistad es a distancia: de esta manera el solitario si se encuentra acostumbrado, pero le falta llegar a hacerse a la idea de que la mujer que a su lado se mueve es efectivamente la misma amiga que tan feliz le ha hecho con sus charlas.

El hubiera querido dirigirse primero que a nadie a la muchacha, pero no puede decir cómo su mano se ha tendido primero hacia el aviador. El estrechón ha sido fortísimo, cual si el solitario quisiera dejar en el gesto toda la absurda timidez que de pronto ha hecho presa en él.

—¡Hola, Udet!

—¡Hola, Hannes! El profesor y Hella, su hija.

El buen hombre sonríe al recibir el estrechón del solitario. Buena muchacho, piensa.

Hella también sonríe al ver con qué timidez le toma Hannes la mano cual si temiera destrozársela con su zarpa. Y es ella quien estrecha vigorosamente la mano del amigo.

Poco después, cargado con buena parte del equipaje de los dos viajeros, sube Hannes la cuesta que conduce al Observatorio. Su paso es gimnástico y rápido. Sus in-

dicaciones breves para quienes le siguen. Habla el lenguaje conciso de quienes han aprendido en el silencio de la Naturaleza el verdadero valor de las palabras.

Hella es muy feliz, inmensamente feliz. ¡Es maravilloso el panorama! Y ¡qué bien encuadra Hannes, con su figura atlética, en aquel ambiente de grandiosidad! Es tal como ella se lo figurara. Un hombre joven, fuerte y sano. Y un niño. No tiene nada de las falsedades que se hallan entre los muchachos civilizados del mundo que hay allá bajo.

El padre y la hija admiran una y otra vez las maravillas que se descubren desde el mirador del observatorio. El profesor habla con su hija de los recuerdos que tales visiones le traen a la memoria, de cuando él viñera años ha, muchos años.

Y la muchacha contempla todo lo que sus ojos alcanzan como si se hiciera dueña repentinamente de un reino nuevo, de algo que sabe sólo ella puede comprender. Todos aquellos colosos de nivea blancura han sido durante muchos meses los compañeros silenciosos del solitario del Observatorio del Montblanc. Por esto sólo resultan ya amigos queridos, idolatrados, para la muchacha.

Más tarde Hella curioseá todo lo que hay en el interior de la casita de Hannes, en tanto que éste y el profesor hablan largamente, de todo cuanto dos hijos de la Ciencia pueden hablar. Todas aquellas cosas que Hella descubre tienen un valor único para la muchacha. Son de él. Su mano blanca acaricia el aparato de telegrafía en el que reconoce al amigo querido que la ha mantenido en comunicación constante con Hannes.



Y el día transcurre antes de que Hella se dé cuenta de todo lo que pensaba mirar. Está tan contenta. Hannes también. Hella le gusta, le gusta mucho. Y la camaradería que prestamente se ha entablado entre ambos, ha roto el hielo que como a las montañas, rodeaba la palabra concisa del solitario.

El nuevo día encuentra ya a Hannes de pie. Más que nunca en aquella jornada, la primera que Hella va a despertarse a su lado, el solitario quiere ver la luz divina del astro de oro.

La casita está fría, pero el frío y Hannes ya son buenos amigos... Prepárase a encender fuego, cuando advierte que no tiene suficiente combustible y que es preciso ir a la leña. Lo hará en el exterior y así evitará despertar al profesor que bien adviertiera se hallaba derrengado.

Se acerca con lentitud a la muchacha. Dos o tres veces su mano avanza para despertarla; pero otras tantas deja de tocarla. Pese a sus deseos de no dejarse vencer por la timidez, ésta le gana. Y también el deseo de verla dormida: ¡es hermosa, Hella, muy hermosa!

Y de pronto, los maravillosos ojos de la durmiente se abren y al verlo sonríen. Hannes no sabe; pero Hella sonaba con él. Y le parece muy grato que la realidad le ofrezca tan presto una continuación del sueño que tanto le gustara.

El muchacho susurra unas instrucciones: cómo debe encender el fuego. Y conviene que se apresure para ver la salida del sol y acompañarle, como indicara en la

noche precedente, durante todo el transcurso que él efectúa para el cumplimiento de su obligación.

Hella asiente con un gesto. Y apenas si Hannes ha traspuesto el umbral de la casita, cuando la muchacha descubre el embudo, dispuesta a levantarse. Pero entonces el frío glacial que se hallaba rondando por la estancia, clava en ella su zarpazo cruel. Y la joven acobardada, corre de nuevo en busca del refugio de las gruesas mantas, y en su lecho acurrucada bajo el calorillo del lecho, espera que su amigo retorne. De fuera le llegan claros los golpes del hacha que él maneja cortando leña.

Y cuando Hannes entra de nuevo en la cabaña, le causa alegría a la muchacha ver como por un momento el eco del hombre se frunce. Como le dirige una mirada en la que le reprocha la pereza, y como finalmente, con rapidez, cuida de encender el fuego que alegremente torna a la vida la helada habitación.

Media hora después, luego que sus labios han dado el ósculo matinal al ya desvelado profesor, Hella sigue animosa el paso largo de su compañero. Van en demanda del observatorio del viento, primero, y luego subirán hasta la roca que Hannes prefiere para la contemplación. Hannes desea que Hella se haga cargo de la maravilla a que equivale su dominio helado desde allí.

Hella está muy fatigada, pero alegre. Le causa júbilo ver que su amigo es tan inocente que no sabe distinguir entre las fuerzas de un hombre y las de una mujer y la obliga a realizar una caminata tan rápida como la que él lleva. Solamente en los puntos de peligro, recibe el



apoyo de su fuerte compañero; y Hella piensa que el peligro es muy poco para lo que ella desearía que existiese.

¿Con qué infantil atención ha seguido Hella las maniobras de Hannes al verificar éste la velocidad del viento! Luego, mientras él saboreaba el humo de su pipa, ella ha dirigido una larga mirada a todo el panorama silencioso que majestuosamente les circunda. Y comprende el amor de él hacia la montaña... Y piensa que será delicioso ser amada por un hombre que de tal manera aprecia la obra magna de la Naturaleza.

El vientecillo helado que viene de la parte italiana, no les permite detenerse mucho tiempo, por lo menos hasta que surja el sol de detrás de la cima que ahora lo oculta.

Y con paso tan rápido como antes, el solitario conduce a su compañera hasta el lugar que él ha escogido para su particular contemplación. Cuando arriban, ya el sol calienta y dora de tiempo las puntas de las dos rocas. Y espantado el frío, Hella encuentra que toda su vida le gustaría pasarla en aquel lugar... si a su lado había de estar Hannes, explicándole con sus frases concisas todo cuanto su vista alcanza.

De pronto un zumbido rompe el pesado silencio de las heladas soledades. Hannes sonríe y tras avizorar el horizonte señala un punto lejano que se va agrandando.

Hella también sabe de quién se trata. Es Udet con su avión que presto gira en torno de las dos agujas rocosas, cada una de las cuales tiene un ser humano. El aparato

da dos o tres vueltas, su piloto saluda y repentinamente vuela rauda hacia la ruta que siguiera.

—Es preciso volver—advirtió Hannes—. El almuerzo y su padre esperan.

Ella accede silenciosamente. Es tan feliz.

Pero la felicidad se trunca. Cuando cercanos a la cabaña, la voz alegre de Hella llama al profesor, nadie responde. Y aquel silencio sepulcral en el que resuenan las voces de los dos jóvenes, tiene aires de tragedia...

Jamás ha sido Hannes tan conciso como ahora. Experimenta odio hacia sus montañas que ocasionaron el accidente fatal, irremediable y precisamente con el amigo querido que era padre de su amiga Hella.

Cuando el retorno se impone, cuando ya la caravana que lleva los restos mortales del profesor, se aleja por el camino, Hannes estrecha la mano de Hella y le da su consejo.

—Ahora se encontrará usted sola, triste... Yo tengo un amigo en la ciudad. Es músico. El también está solo y triste. Vaya a verle.

Y Hella corresponde con cariño a aquel consejo. Sólo él, Hannes en su vida contemplativa de la montaña imponente y cruel ha podido darle un consejo así, que tan bien se acopla a su alma dolorida.

Y otra vez queda aislado el solitario. El paso de la caravana fúnebre, no basta para turbar el silencio sepulcral de la nivea cordillera.



...

En la ciudad Hella ha encontrado la paz junto al amigo de su amigo. Es un pobre músico, pobre, que enferma y todo tenía que trabajar.

Hella ha encontrado en el estado de aquella alma triste y sola un consuelo inmenso que de otra manera no le hubiera sido posible encontrar. Y también un olvido de los días que faltaban transcurrir hasta que el hombre querido — el solitario del Montblanc — baje al mundo por el que tanto labora.

Pero sucede algo que Hella desconoce. El amigo del solitario, aquel músico en que nadie parara mientes hasta entonces, es joven y tiene un corazón.

Hella es hermosa, es buena, dulce, comprensiva... ¿Qué mejor compañera?

Y es tanta la ilusión que se ha forjado de ella que no pudo menos de hacer partícipe de su dicha al hombre que se la ofreciera. Y un telegrama pondrá en antecédentes al solitario; un telegrama breve, pero que encerrará toda una vida de dicha:

*Me voy a casar con Hella. Soy feliz.*

*Tu amigo*

Mas cuando el telegrama ha sido enviado, el músico descubre su error. Hella no le podrá querer nunca, nunca. Ahora lo ve, lo comprende. La muchacha ama a Hannes. Paulatinamente, pero con certidumbre se ha hecho a esta idea. No es solamente por el júbilo por el regreso del camarada por lo que la joven va arreglando tan deliciosamente la casa que fuera hasta entonces fría y triste. ¡Oh, no! El músico ve en los ojos de la muchacha una luz que jamás brillara al mirarle a él.

Y la verdad se descubre ante sus ojos ciegos. Y es tan desgraciado, tan infeliz de nuevo que ni fuerzas tiene para contarle a Hella lo que ha pasado. Tiene que si la muchacha se entera deje de venir a verle, que lo odie. Y el músico no puede hacerse a la idea de perderla.

Su tormento acrecenta a medida que va aproximándose la fecha en que Hannes debe regresar. El hogar antes triste está ahora desconocido. Lo ilumina la alegría de una mujer enamorada.

Y por fin llega el día. Hella, más hermosa que nunca, se presenta cargada de paquetes. Y ya desde la puerta, grita al cabizhajo amigo de su Hannes:

—¡Hoy viene! ¡Hoy es el día!

Pero el músico no corre su júbilo. Está silencioso. Está triste.

Y en la mirada que le dirige, siente Hella que se desvanece su alegría; adquiere la certeza de que Hannes no



vuelve de su retiro solitario. Su voz pregunta, sin embargo:

—¿Qué pasa?

Y no la sorprende oír que el músico la comunica:

—Hannes se quedó allá arriba.

—¿Cómo! ¿Y por qué?

El músico le señala un telegrama que hay sobre la mesa. Hella corre a leerlo. Es lacónico, como todo lo de Hannes:

*Sed felices. Me quedo aquí.*

*Hannes*

Y a la muda interrogación de Hella, el músico explica, la refiere su ilusión y su error.

La muchacha sólo piensa en el solitario que quedó allá arriba. Y justamente, aquel día, el servicio meteorológico ha señalado fuertes tempestades de nieve en el Montblanc.

Y sin saber por qué, el corazón de la enamorada se estremeció de dolor.



*¿Qué pasa?*



Si Hannes había decidido quedarse en su Montblanc. Estaba como loco y no quiso volver, pese a los intentos repetidos de quien venía a sustituirle. Y solo con la inmensidad de su dolor que no cabía en las grandes soledades de aquellos valles enormes, Hannes vivió su felicidad perdida.

Pero el Destino va a ser todavía más cruel con aquel hombre que sólo tiene su profesión a que atogerse.

Al siguiente día de su desencanto, el cielo amanecer encapotado, formando nubes de tormenta. Una de aquellas tormentas terribles que rápidamente se forman sobre el Montblanc. Hannes manda su parte meteorológico a la estación de Hella, y comprueba que no es la muchacha quien toma el mensaje como en el mismo día anterior.

Estaré con su músico, piensa.

Y furioso contra si mismo por ser el causante de su perdida felicidad, hizo con rabia por vez primera la labor que siempre realizara con entusiasmo.

El Montblanc es celoso. No consiente que nadie le dispute el cariño de un hombre hacia su grandeza. Y se venga con una ráfaga de viento que arrastran lejos del alcorno de Hannes los guantes que él abandonara un momento para tomar las notas de la velocidad del viento. Es vano el propósito del solitario de hacerse con los guantes. Otra ráfaga los arroja a un precipicio sin fondo.

Hannes ha quedado aterrado en un principio. La pérdida de los guantes significa la muerte sin remedio. Se le helarán las manos y se verá impotente para luchar contra el terrible enemigo de los habitantes de las nieves: el frío.

Recuerda que, precisamente, su fuego no tenía mucho combustible aquel día. Que él pensó hacer leña a su regreso. ¡Ya se estará apagando el fuego para cuando vuelva! ¡Y sin fuego es la muerte para él!

¡Ah, cómo se le agarrotan las manos! El frío le llega a los huesos. Es vano su intento de calentárselas, bajo las sobacas, con el aliento, golpeándose las espaldas, en tanto que cayendo aquí y levantándose allá, luchando ferozmente con la tormenta, avanza hacia la cabaña solitaria.

Improbos trabajos le llevan al fin a su casita. Una postrera ilusión muy débil le hace pensar en la posibilidad de que todavía quede un ascua de fuego... ¡Un ascua, tan sólo! Bastará...

Al abrir la puerta, apenas si nota la diferencia glacial que existe entre su habitación y el exterior. Y esta le atenaza el corazón. Ya antes de que tras costosos es-



fuerzas consiga separar la arandela de la hornilla sabe lo que va a ver: cenizas solamente.

Su desesperación aumenta. Ulula el viento afuera. Un puntapié suyo cierra la puerta. Y entonces comienza el proceso interminable de pretender vencer al enemigo cruel que ha agarrado a sus manos transformándolas en hielo, paralizando su vida en ellas. En vano pretende encender fósforos... ¡No puede; no puede!

Pero Hannes no es hombre para entregarse sin lucha. Sabe que va ha comenzado el deshielo y que el propósito que intenta es poco menos que incasato; pero puesto que ni la nieve le retorna la circulación perdida, puesto que en vano pretende encender fuego; va a realizarlo. Sus manos son envueltas con trapos para preservarlas un poco del frío mortal; su cuerpo cubierto con más prendas de abrigo. Y luego, cómo puede, se calza los skis que van a servirle para poder intentar su salvación.

Abre la puerta que ni cuida de cerrar. Y sólo con los pies, sin que le sea posible guiarse con los bastones, puesto que sus manos no podrían mantenerlos, el hombre se lanza hacia las laderas heladas que sabe en muchos sitios ya han sido resquebrajadas por el deshielo.

Con los dientes apretados, firmes las piernas, el descenso prosigue; son muchas las veces que ha de volverse por hallarse con que no puede continuar. Con que se le suceden los obstáculos infranqueables... Pero su voluntad titánica le lleva una y otra vez hacia adelante... Hasta que por fin un mal viraje, le deja impotente por completo.



...se le suceden los obstáculos...



¡Uno de los patines se ha roto!

Y entre él y Chamerix media todavía una distancia enorme, distancia llena de resquebrajaduras que si antes apenas si podía pretender salvar con ayuda de sus patines, en cambio, ahora sería ir hacia la muerte el pretender continuar el avance.

Y retrocede, retrocede porque es necesario, preciso; porque no hay otro remedio.

Es la marcha penosa, de horas y horas... durante las que advierte que el frío le vence y le mata...

La cabesña al fin... Pero la puerta ha sido arrancada por la fuerza del huracán que arrecia levantando nubes de nieve. Y al entrar el solitario se encuentra con que todo se halla cubierto por una capa de hielo, con que la ventana babilónica ha sido rota por el telescopio que ha servido de ariete destruyendo los cristales.

El desaliento invade por vez primera el alma templada del solitario. Pero sólo es por un momento. Luego obra incansable, infatigablemente. Pero es en vano. Los débiles obstáculos que opone a los elementos desencadenados son arrastrados por la furia del vendaval. Es una labor de hacer y deshacer. Por fin ese sentado en una banqueta y sus ojos se posan por un momento en algo que antes no viera: el aparato de telegrafía.

Un suspiro de alivio, un postrer esfuerzo y el S. O. S., tal clamor de su angustia, es repetido una y otra vez hasta que sabe que le han oído; hasta que multitud de estaciones inquieran qué le sucede.



*Un postrer esfuerzo y el S. O. S. ...*



Luego, su postrer defensa. Se acurruca en el rincón más abrigado, se cubre de ropa... Y allí espera hasta que lleguen los que han salido en su socorro. El ya ha cumplido y siente que puede entregarse al frío traidor que ahora le parece un descanso tan dulce, tan dulce...

Hella ha recibido también la llamada de auxilio del solitario del Montblanc. Y sin pensarlo dos veces, ha emprendido el viaje hacia Chamonix, de donde saldrán las expediciones de socorro.

Su llegada allí coincide con el regreso de la primera expedición. No han podido pasar de los dos mil metros. Una raja inmensa les ha cerrado el paso y por más que han pretendido saltar e incluso descender hasta su fondo para ver si era posible escalarla por el otro lado, se han visto forzados a retroceder en busca de una escala que ha de servirles para salvar el obstáculo.

Y Hella se suma a la nueva expedición que va a salir dentro de pocos momentos. De pronto, cuando en su impaciencia acuciaba a los hombres para que activaran la marcha, una idea ha acudido a su mente: una idea que le parece es la salvación del ser amado: ¡Udet! ¡Udet!





*...descender hasta su fondo...*

puede salvarle hasta que llegue la expedición de socorro que puede verse forzada a tardar horas y horas!

Y un telegrama advierte al lejano aviador que el amigo solitario del Montblanc está en peligro. Y Udet se pone en movimiento. Un miembro de la gran familia que constituyen esos seres aislados, todos al servicio de la Ciencia, le reclama; y sin vacilar el aviador acude a arrebatar de las garras traidoras del frío la víctima que ya parecía segura.

Una vez más repite la gesta de aterrizar entre la nieve de las laderas; una vez y cuando la nieve está aún blanda, lo cual aumenta el peligro. Pero nada importa éste cuando se trata de salvar al amigo querido.

Y llega en el momento crítico, preciso. Cazado Hannes va impotente para resistir a la dulce laxitud del frío traidor iba a entregarse al sueño mortal.

La expedición en la que avanza Hella está también cercana a su meta. Las escaleiras llevadas han servido de mucho en la ascensión penosa y llena de resquebrajaduras. Y Hella ha sido siempre la primera en pasar por los lugares de peligro, haciendo que los que vacilaban temerosos de una catástrofe, la siguieran animados por su heroico ejemplo.

Y por fin la muchacha puede entrar en la cabaña que tan dulces recuerdos conserva para ella. Un vivísimo temor la ha azechado todo el camino. ¿Y si llegarán tarde? Pero le ha bastado ver el avión de Udet en la ladera de hielo, el humo que salía de la cabaña solitaria para que haya comprendido que el socorro ha llegado a tiempo.





*Hella ha sido siempre la primera...*

Y sí, allí le ve sentado junto al fuego. Con las manos envueltas en trapos, terriblemente silencioso.

Pero sus ojos hablan suficientemente. La mira con una expresión tal de amor y de ternura, que es la más férvida declaración de amor.

Y a Hella, en un arranque de aquel cariño que tanto le hiciera hacer por salvarle, en su júbilo al verlo suyo, arrancado del Montblanc majestuoso, sólo se le ocurre correr a los pies del amado y apoyar sus mejillas aterciopeladas en las manos heladas del noble solitario...

Afuera el sol hacía la puesta, dora las cumbres nevadas...

F I N

**Próximo número:**

## **Hombres o diablos**

por Warner Baxter y Myrna Loy

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Arriau, 208 - Teléfono 78007-Barcelona



A los éxitos sin precedente de  
las interesantes novelas

**Del mismo barro**

por Mona Maris y Juan Torena  
(6 ediciones)

**El precio de un beso**

por José Mojica y Mona Maris  
(3 ediciones)

**Ladrón de amor**

por José Mojica y Mona Maris  
(2 ediciones)

**El Valiente**

por Juan Torena  
(2 ediciones)

**El presidio**

por José Crespo  
(2 ediciones)

**Sevilla de mis amores**

por Conchita Montenegro y Ramón Novarro  
(3 ediciones)

**El pavo real**

por la genial «estrella» Mae Murray  
seguirán las siguientes:

**WU LI CHANG**

por Ernesto Vilches, Ángela Benítez y José Crespo

**MONTECARLO**

por Jeannette Mac Donald

**CAMINO DEL INFIERNO**

por Juan Torena

**¡Siempre lo mejor!**

Se están agotando las **BIOGRAFÍAS** y  
Colecciones de 6 bonitas postales de

**José Mojica**

**Maurice Chevalier**

**Greta Garbo**

**Ramón Novarro**

**Charlie Chaplin**

**CHARLOT**

y

**Jeannette Mac Donald**

Numerosas fotografías · Curiosas anécdotas  
Postal-regalo · Lujosa portada

**Precio: 50 céntimos**

y la Colección de 6 postales de

**Juan Torena**

Véelas y no dejará de adquirirlas

**Precio: 30 céntimos**







Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis  
Teléfono 1831 - BARCELONA